



## ***H-industri@*** ***Revista de historia de la industria, los servicios y las empresas en América Latina***

Año 4- Nro. 6, primer semestre de 2010

**Daniel Azpiazu y Martín Schorr (2010), *Hecho en Argentina. Industria y Economía, 1976-2007*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2010, (304 págs.).**

Vislumbrar la dinámica seguida por las fuerzas del poder económico escondidas detrás de las alteraciones que sufrió la matriz productiva argentina entre el golpe militar de 1976 y la actualidad, no es una tarea fácil. Mucho menos, recorrer la cortina y dejar al desnudo ante el lector, las pruebas de que el proceso de desindustrialización que ha sufrido la Argentina ha tenido un por qué, como así también un selecto conjunto de actores victoriosos frente a la desdicha creciente del resto del cuerpo social.

Con *Hecho en Argentina*, podría afirmarse que Daniel Azpiazu y Martín Schorr han salido airoso al encarar tal cometido. Combinando un meticuloso trabajo de datos económicos y una destacable capacidad de interpretación de los mismos, el dúo de FLACSO les dificulta la tarea a aquéllos que quisieran rebatir sus conclusiones. El libro es un edificio que se construye sobre la evidencia empírica, concediendo consistencia a las argumentaciones expuestas. El punto previo merece ser destacado, especialmente cuando se estudia un período de nuestra historia que en el último tiempo ha gozado de una revitalización de su debate por parte del conjunto de la sociedad, discusión bienvenida al fin, pero donde abundan postulados insostenibles a nivel científico y más proclives a la propaganda embaucadora (sea de derecha o de izquierda).

*Hecho en Argentina* es un ladrillo más en la pared de los esfuerzos por discernir la naturaleza del desarrollo industrial argentino. No es casualidad, que el libro sea el resultado último de un programa de investigación iniciado por el notable Adolfo Dorfman, autor del célebre *Cincuenta años de industrialización en Argentina, 1930-1980*. El libro de Azpiazu y Schorr queda incorporado al círculo aún reducido de trabajos que desentrañan la historia industrial argentina, espacio donde encontramos clásicos como *El devenir de una ilusión* de Aldo Ferrer, *El proceso de industrialización en la Argentina: evolución, retroceso y perspectiva* de Jorge Katz y Bernardo Kosacoff y *La industria que supimos conseguir* de Jorge Schvarzer, junto a otros más recientes como *Estudios sobre la industria argentina* de Marcelo Rougier o *Estado, empresas y empresarios* de Ana Castellani.

En el trabajo de Azpiazu y Schorr, podemos apreciar cómo el liberalismo económico, esgrimido con destreza por parte de las clases dominantes, ha propiciado el desarme industrial de nuestro país. La insustentabilidad a la que se ha llevado a la estructura económica y social, será el testimonio principal que utilizarán los autores para batir lanzas contra el *mainstream*. Así, los resultados surgidos del laboratorio de experimentos que ha sido la Argentina, se enseñan como contundentes, más aún cuando todos fuimos testigos de la eclosión de este paradigma a fines de 2001. Sin embargo, debemos reconocer, que al lector del libro le hubiera sido de gran utilidad la construcción por parte de los autores de un marco teórico previo a verse inmersos en las procelosas aguas de la historia argentina. Claramente los autores están parados sobre una plataforma teórica desde la cual van hilvanando el relato, pero lamentablemente no se refleja en el libro, perdiéndose así la posibilidad de debatir sobre la corriente del pensamiento en la que debemos resguardarnos para enfrentar la irrefrenable fuerza de la doctrina teórica garante de las fuerzas del capital.

Un escenario de puja económica es aquél que permite la representación de las continuidades y rupturas de la estructura industrial entre 1976 y 2007, que son finalmente el objeto de estudio de Azpiazu y Schorr. En esencia, en estos treinta años, ¿cuál ha sido la naturaleza de la evolución (o involución) industrial? ¿Signada por las tendencias de lo ya construido o convulsionada con cada nueva autoridad en el poder político? ¿De qué tipo de constancias y quiebres estamos hablando? Con buen criterio, los investigadores de FLACSO buscan responder estas preguntas a partir de la disección de estas tres décadas en cuatro tramos diferenciales en términos institucionales y, sobre todo, de política económica. Por capítulo, se desentrañan así, los períodos correspondientes a la dictadura militar, el primer gobierno democrático, el “1 a 1” y la posconvertibilidad.

El golpe de 1976 ha sido el desgarrar en esa continuidad progresiva de la sustitución de importaciones, que a pesar de sus imperfecciones y contradicciones (en el capítulo introductorio los autores las detallan), forjó una industria articulada, movida por el desarrollo local de capacidades endógenas, sustentada en la demanda doméstica pero proyectada hacia el exterior, pronta a quebrar la maldición originaria de las ventajas comparativas estáticas. La dupla Videla-Martínez de Hoz, con el fin de ejecutar la tan ansiada revancha clasista de los pacientes sectores dominantes, puso en marcha una desindustrialización planificada y selectiva, terminándose así la alianza entre el capital y el trabajo fraguada al calor del peronismo. Efectivamente, las fábricas dejaron de ser el centro coordinador de las relaciones socioeconómicas del país, siendo desplazadas por la macabra “industria financiera”. Exitosa en sus objetivos de disciplinamiento social, la política económica de la dictadura fue “el huevo de la serpiente”, la instauradora de ese “modelo financiero y de ajuste estructural” que cargaría sobre sus espaldas la economía nacional hasta el fin de la convertibilidad. Así, 1976 se erige como el punto de

inflexión que crearía un nuevo tipo de continuidad estructural, intocable para los futuros hacedores de política y reinante hasta nuestros días.

En el primer capítulo de la obra, los autores realizan un pormenorizado relevamiento de los principales efectos (extensivos a largo plazo) sobre el ámbito manufacturero de las medidas económicas del “Proceso de Reorganización Nacional”: la regresividad productiva (una industria cada vez más favorable al procesamiento de recursos naturales), el deterioro de la clase trabajadora, el profundo cambio de los precios (y beneficios) relativos, la alteración en el perfil del comercio exterior manufacturero y la consolidación de conglomerados de capital nacional y extranjero (los grandes ganadores del modelo dictatorial, destinados a perdurar en el poder económico).

Con el retorno de la democracia, al poco tiempo de la gestión radical las esperanzas de cambio chocaron contra la crudeza de una realidad maniatada a los legados más perniciosos de la economía militar: el asfixiante endeudamiento externo y la amenaza acechante de la estampida inflacionaria (ambos males resultantes de la especulación sin límites de los años anteriores). Es en el segundo capítulo del libro, donde Azpiazu y Schorr nos introducen en la trampa económica que debió enfrentar el gobierno de Alfonsín en aquellos años ochenta. Así, el famoso “no se pudo” o “no se quiso” vuelve a ser planteado, buscando los autores zanjar la cuestión a partir de la contundencia de su exposición.

Azpiazu y Schorr señalan cómo las herencias nefastas del gobierno militar fueron *in crescendo* durante la década del ochenta (sea por la imposibilidad de encarar un cambio radical o por subordinarse al nuevo poder económico). Por lo tanto, la investigación continúa siguiendo el rastro de la desindustrialización, la reprimarización, la crisis en la producción de bienes de capital, la regresividad distributiva y el desplazamiento de la inversión productiva por la valorización financiera del capital. Finalmente, los autores pasan a revisión los medios a partir de los cuales los grandes grupos económicos (dando “nombre y apellido”) se han valido para consolidarse durante la década. Es a partir de lo arrastrado desde la dictadura, desde donde Azpiazu y Schorr demuestran cómo el término “década perdida” incluso puede minimizar el grave derrotero que perfiló la industria en aquellos años. El abrupto final del gobierno radical no marcaría más que el fracaso para luchar contra el orden económico enraizado.

La convertibilidad, fase superior de la política desindustrializadora, fue la farsa que siguió a la tragedia de la dictadura. La trayectoria inestable de la convertibilidad es recorrida por los autores en el tercer capítulo del libro, valiéndose nuevamente de un estudio minucioso de las dimensiones de la industria ya exploradas en los anteriores dos capítulos. De este modo, los autores exploran las consecuencias que tuvo sobre la estructura industrial, la instauración de las reformas (y en forma de *shock*) del “Consenso de Washington” (liberalización comercial asimétrica, apertura financiera,

privatizaciones) y la creación de la caja de conversión del peso con el dólar a una paridad fija sumamente sobrevaluada (funcional a la entrada de los capitales golondrina).

Siguiendo a los autores, durante la convertibilidad la simplificación productiva se tornó cada vez más acuciante, concentrándose la estructura manufacturera en un puñado de grandes empresas y grupos económicos nacionales y extranjeros, dedicados en especial a procesar recursos básicos. La industria de bienes de capital se hundió aún más (las importaciones y el retraso cambiario hicieron inviable el desarrollo local de tecnología) y la otrora integrada industria automotriz se transformó en una simple “armadura”. Asimismo, el reducido dinamismo con que el régimen de la convertibilidad generaba eslabonamientos en su industria puso entre las cuerdas a la realidad de las PyMes. La menor intensidad relativa del trabajo frente al capital creó un cuantioso ejército de reserva (mayor aún cuando la economía se contraía), presionando a la baja los salarios de los ocupados (frente a los incrementos de productividad que se traducían en mayores beneficios para los empresarios). La dinámica insostenible del modelo económico quedaría a la luz cuando la canilla del endeudamiento externo se cerrara y la sociedad no pudiera resistir más ajuste. Al fin y al cabo, lo que se desprende del capítulo, es que la política económica de la convertibilidad no fue una simple extensión de las medidas de la dictadura, sino esencialmente una intensificación extrema de las “enseñanzas” de Martínez de Hoz (reconociéndose él mismo, abuelo del modelo), como de sus secuelas.

En diciembre de 2001 la convertibilidad implosionaría, llevando su onda expansiva a más de la mitad de la población a la pobreza (y a otros millones a la marginalidad). El domingo 6 de enero de 2002 fue su fecha de defunción, y así también podría decirse de la nefasta hegemonía financiera que ella espoleaba (y que había sido concebida por aquellos tecnócratas adoradores del eficientismo que vinieron con los militares). Resultando victoriosa la postura devaluatoria frente a la dolarizadora, la nueva macroeconomía que se iría construyendo en torno a la nueva paridad del “3 a 1”, estimularía sustancialmente el crecimiento económico y propiciaría una recuperación del peso específico de la industria en la actividad agregada (aunque materializando una sustantiva transferencia de ingresos desde los trabajadores hacia los empresarios). En el último apartado del libro, las miradas de Azpiazu y Schorr se dirigen hacia la contemplación del convulsionado presente, sin temor a quedar expuestos en el fuego cruzado del maniqueísmo actual. Nuevos interrogantes se vuelven objeto de la atención de los investigadores de FLACSO: ¿el crecimiento de la industria en la posconvertibilidad se sustentó en un nuevo modelo de acumulación inclusivo y sustentable o simplemente fue una recuperación basada en la utilización de los factores ociosos?, ¿existe o no una política industrial activa y articulada de parte del gobierno?, ¿se han superado finalmente los resabios de 1976-2001 o la oportunidad de introducir reformas radicales se desaprovechó? Sin dudas, este capítulo del libro incita a la discusión e incluso (¿por qué no?), a una acalorada polémica.

Azpiazu y Schorr consideran que, a pesar del fin del “1 a 1”, las derivaciones estructurales de aquel modelo germinado en la dictadura persistieron. Desde 2002 no ha existido política industrial (o de desarrollo), ya que la mera conservación de una tasa cambiaria (aunque sea mucho mayor a la de la convertibilidad) no puede considerarse como tal. La lógica política (calificándola de “poner el piloto automático”) toma ribetes cortoplacistas, al no observarse la introducción de cambios a nivel sectorial que detengan la reproducción de la estructura productiva heredada (por ejemplo, una redefinición de la estructura arancelaria, del perfil exportador o de la malla industrial). Los mayores usufructuarios de la nueva “política industrial” continúan siendo los sospechosos de siempre: los grandes *holdings* foráneos y (en menor grado) locales dedicados a la exportación de productos de escaso valor agregado (agroindustrias y *commodities* fabriles), esta vez disfrutando de mayores beneficios (y de una capacidad de *lobby* superior) que en los noventa. La dualidad del sector fabril se vuelve notoria, cuando se reflexiona sobre la realidad de las industrias de equipos para la producción, los subsectores cuya suerte continuó rezagada a las del resto. Asimismo, el artículo posee una comparación entre la última recuperación y la etapa dorada de la industria argentina (1964 - 1974), demostrando así cómo los veinticinco años de conservadurismo económico impusieron su cuña (y cómo en los años recientes brillaron por su ausencia esfuerzos que vayan en contra de ella).

Más allá de lo polémica que desatan los autores acerca de los logros conseguidos por la política económica kirchnerista, lo cierto es que hoy en día la Argentina volvió a ser un simple eslabón en la gran cadena de la división global del trabajo, nuevamente sometándose a esa especie de destino manifiesto ya pergeñado por las clases dominantes de principios del siglo XIX. La industria dejó de ser el eje dinamizador de la economía nacional, a la par que rubros críticos de la etapa sustitutiva pasaron a estar bajo la sombra de importaciones de incluso países que hasta no hace mucho tiempo experimentaban desarrollos similares (o inclusive inferiores) al nuestro (véase que el caso de la rama de las maquinarias y equipos es analizado con especial atención por parte de los autores).

Aquello con lo que se topan Azpiazu y Schorr, es que después de injertarse el modelo financiero de la dictadura, la estructura de la economía argentina ha transitado por una continuidad sólo alterada por cambios que, al final de cuentas, resultaron ser “retoques de maquillaje” o “pisadas del acelerador”. Las nuevas relaciones sociales de producción (básicamente, la interacción entre capitalistas y trabajadores) que emergieron con la revancha clasista del Proceso, configuraron un nuevo tipo de estructura económica (o patrón de acumulación), que actuó como el condicionante final de la fortuna de los distintos actores económicos. De allí en más, queriéndolo o no, el Estado quedó ceñido al vasallaje de las flamantes fuerzas del poder económico.

Aunque las estructuras económico-productivas suelen manifestar tendencias prolongadas y puedan traspasar holgadamente las rotaciones del poder político, no se puede negar que con cada

nuevo gobierno se abre una oportunidad de incurrir en cambios significativos, lo que motiva en la ciudadanía la conformación de nuevas esperanzas (y en otras ocasiones, de los peores augurios). Si una fuerza política busca torcerle el brazo a una estructura productiva que se ha consolidado en el pasado, y que por ende ejerce su propia reproducción (fenómeno de *path-dependency*), deberá oponerle una fuerza de magnitud superior apoyándose en los sectores contrarios a la misma. Sin embargo, en la Argentina, pareciera que los dirigentes políticos aún continúan incurriendo en conductas gatopardistas, siendo funcionales así a la subsistencia de aquellas “heridas que no cierran y sangran todavía”.

Cuando se llega al final del libro, el lector queda con una agorera visión acerca de las posibilidades que el país tiene para producir una reversión de su pasado, para comenzar a manifestar un verdadero proceso de reindustrialización que a la vez sea inclusivo de su sociedad. Obviamente ésto no es culpa de los autores sino de la realidad en que vivimos, aunque sí se les puede observar no explicitar en el trabajo propuestas específicas (pero que de seguro poseen) que integren un plan de desarrollo industrial, y que así pueda ser puesto a consideración de la dirigencia pública. Asimismo, mientras uno avanza en la lectura del trabajo, una pregunta va tomando cada vez más forma: ¿es posible enfrentar la dinámica que siguen las fuerzas del capital? En este punto, no exigimos más a los autores, nadie tendrá mejor respuesta que la que dé la misma realidad.

En una reciente presentación del libro, a tono de broma (o no tanto), Martín Schorr comentó que sólo le discuten el último capítulo (por sus opiniones sobre la gestión política presente) y que pareciera que el resto del libro no fuera contemplado. Si ésto fuera así, sería un craso error para aquél que pudiera acceder a esta obra. *Hecho en Argentina* es una atinada aprehensión de la dinámica industrial seguida al quiebre estructural de los setenta, que colabora con la obra de bien público de extirpar zonceras y que asienta en el aliento al trabajo la condición del desarrollo productivo integrador.

Mario Raccanello  
FCE-UBA